

El día 25 de septiembre de 1846, evacuaron la plaza de Monterrey las tropas mexicanas que la guarnecieron, después de haberse arriado nuestra bandera, saludada por los disparos de una batería americana, enarbolando el enemigo la suya, á la cual nuestros cañones tuvieron que rendir homenaje con sus fuegos de salva!

El día 26 principió el movimiento de retirada de la guarnición de Monterrey rumbo al Saltillo, llevando á su frente al general en jefe, la primera brigada y dos regimientos de caballería. En los días subsecuentes fueron saliendo el resto de las tropas.

¡ La sultana del *Septentrión*, la Ciudad Sagrada de la Frontera cayó así en poder del enemigo, viendo tristemente alejarse las valientes tropas que la defendieron y que hubieran podido seguir la lucha con esperanzas de salvarla de las garras del Águila del Norte, si hubiera habido más energía y menos corrupción en los próceres que entonces dominaban con todo egoísmo, y sin vergüenza íntima, al entonces desdichado pueblo mexicano!



VI

HACIA LA ANGOSTURA

El ejército que capituló en Monterrey se dirigió primero hacia el Saltillo, por brigadas escalonadas, emprendiendo luego la marcha á San Luis Potosí, á donde llegó el 17 de Octubre. En esta ciudad se estaban reuniendo desde principios del mes las fuerzas de la República, á las órdenes del general Santa-Ana, quien había obtenido permiso del Congreso Nacional para separarse del mando político y ponerse al frente de las tropas.

Á mediados de Noviembre se incorporaron 2000 hombres de Guadalajara, compuestos de tropa permanente y un cuerpo de Guardia Nacional. Después, llegó el general Valencia con las fuerzas Auxiliares de Guajuato, habiendo desplegado gran actividad para levantar el espíritu de patriotismo en las poblaciones del Bajío.

Santa Ana se dedicó á la reorganización del Ejército, intentando convertir en verdaderos batallones y regimientos aquellos grupos de hombres semidesnudos. Era preciso ante todo dar instrucción militar y disciplina, á cuyo objeto tendieron los esfuerzos del General en jefe. Se ordenaron diarios ejercicios por brigadas y

se emprendieron trabajos de fortificación en los pueblecillos de Santiago y Tlaxcala, sabiéndose que Taylor se había movido hacia el Saltillo y que con nuevas fuerzas intentaba avanzar al Interior de la República.

Una de las necesidades más urgentes era la de procurar armamento y artillería al ejército, y aunque se hicieron algunas remisiones, éstas fueron insuficientes.

La desnudez en que venían los reemplazos y fuerzas Auxiliares de los Estados urgía también que se procurase su equipo, avanzando el invierno que sería más crudo mientras más al Norte se dirigieran las tropas. Con tal objeto se establecieron algunos talleres para proveerlas de vestuario y equipo.

Esta dedicación de Santa-Ana á la reorganización del Ejército, dice un cronista de la época, habría sido su página más gloriosa si no se hubiera dejado arrastrar á ninguna ligereza. Cuando la posición de Taylor y las operaciones de su ejército debían haber fijado su atención, dejando á los demás jefes el cuidado de dar puntual cumplimiento á sus órdenes, él, no queriendo elevarse á la altura á que lo colocaba su empleo de General en jefe, descendía y se ocupaba casi exclusivamente en nimiedades y atenciones meramente subalternas. Noche por noche reunía junta de jefes en su habitación; y cuando se aguardaba que tuviesen por objeto la discusión de algún plan de campaña, en vista de las operaciones del enemigo, no se trataba en ellas sino del estado económico de cada cuerpo, como si para esto se necesitase todo el aparato de la reunión de jefes. Las marcadas preferencias, además, que Santa Ana tenía con ciertos cuerpos, atendiéndolos con perjuicio á veces de las demás fuerzas, y poniéndolo en un brillante pie de lujo, cuando á muchos les

faltaba aun lo más necesario é indispensable, contribuyó también á que los subalternos comenzasen á murmurar, y á que decayese el prestigio que debía rodear al General en jefe.

El regimiento de Húsares, por ejemplo, con su alta paga y numerosa oficialidad, consumía mucho más que los otros regimientos. Para ponerlo en alta fuerza refundieron en él varios piquetes de los que se levantaron en Guadalajara, cuando el último pronunciamiento. De esto resultó que aquel cuerpo que se distinguía por su oficialidad escogida, perdiese esta ventaja, recibiendo en su seno oficiales muy inferiores bajo todos conceptos.

Una de las faltas más graves que cometió el general Santa Ana originada por su orgullo y ofuscación, fué mandar una división á Tula de Tamaulipas para que permaneciese en la Sierra en observación del enemigo, al mando del general Gabriel Valencia, que como hemos dicho, acababa de llegar con las fuerzas del Estado de Guanajuato. Las que marcharon á Tula ascendían á 2000 hombres, con tres cañones de á ocho.

Después de haberse situado esta fuerza en la sierra, se supo que iba á pasar una división americana al mando del general Quittman, procedente de Monterrey, rumbo á Tampico, donde debía embarcarse para unirse al ejército del general Scott, quien debía atacar Veracruz.

Ninguna oportunidad mejor que aquella para acometer entre las abruptosidades y vertientes de la sierra á los americanos, cuya marcha, según los habitantes de aquellas montañas, era desordenada y penosa. Además, los vecinos de Victoria y otros puntos ofrecieron ayudar á nuestras tropas, cayendo sobre los flancos y retaguardia del enemigo en el momento en que se le

atacara, ó rodándole rocas desde las alturas, cuando estuviese en el fondo de los barrancos.

El general Valencia aceptó aquellos ofrecimientos, disponiéndose para el combate, pero he aquí que recibe una orden absoluta y terminante del General en jefe, prohibiéndole bajo su más estrecha responsabilidad, que emprendiese lance de armas de ninguna especie.

Esto produjo profundo disgusto, indignación y amargura en oficiales y tropa, quienes veían escapárseles el enemigo, cuando lo tenían tan á la mano para destruirle ó siquiera para darle un buen golpe, con cuyo triunfo se habría levantado altamente la moral de todo el ejército.

Pero no; los americanos pasaron tranquilamente, atravesando la abrupta Sierra — donde podrían haber quedado todos — sin ser molestados en lo más mínimo!

En los pueblos hubo tristeza y desaliento, quedando acaso en la creencia de que no se había atacado á los invasores por puro miedo!

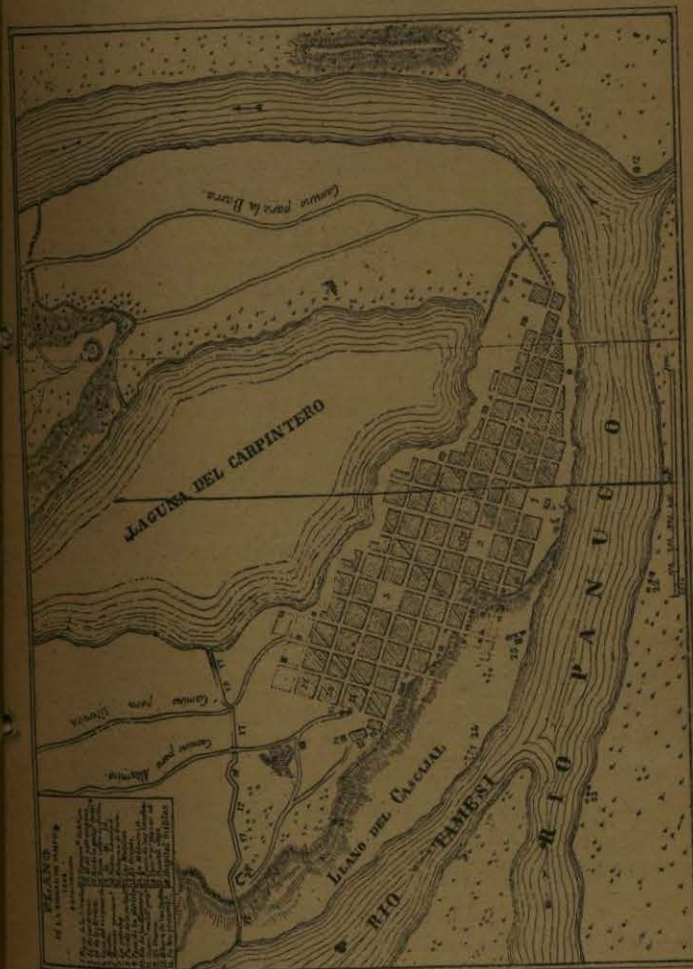
Y, en efecto, este hecho causa pena y cólera sólo referirlo; es inconcebible. ¿Qué objeto tuvo entonces el general Santa Ana; qué se propuso al mandar una División hasta la sierra, si no había de hostilizar al enemigo? ¿Por qué en ningún caso se le había de atacar, cuando tantas ocasiones tenían que presentarse, y se presentaron, sin duda, para hacerlo con ventaja de nuestra parte?

¡Hay que creer que el general Santa Ana no quería dejar á otro jefe la gloria de adquirir un triunfo! exclama un historiador.

¡Consignemos ahora otro hecho escandaloso: el abandono de Tampico!

Desde el principio de la guerra se atendió á for-

tificar y municionar convenientemente un puerto de



Plano de Tampico, 1846.

tanta importancia, y á principios de Octubre de 1846

la guarnición de esa plaza se componía de más de 4000 hombres de los batallones 12° de línea, Activo de Puebla, Guarda-Costa de Tampico, Compañía veterana del mismo, una compañía del 6°; caballería de Tamaulipas, un destacamento de artilleros con veinticinco cañones de todos calibres, de campaña y plaza, y con abundante material de parque; y de la Guardia Nacional, compuesta de cerca de 2000 ciudadanos llenos de entusiasmo y dispuestos á combatir, como lo probaron suficientemente en el bombardeo de la barra del puerto que la escuadra bloqueadora había hecho en Junio del mismo año. Se contaba, además, con tres buques de guerra, la *Unión*, *Poblana* y *Queretana*, y con otras embarcaciones pequeñas, todas regularmente armadas.

El Gobernador de la plaza, Don Anastasio Parrodi, recibió orden de Santa Ana de evacuarla, destruyendo las fortificaciones, y de retirarse con sus tropas, artillería y trenes, á Tula de Tamaulipas.

Esta orden causó un disgusto general en la ciudad y en la guarnición. ;Cómo! Se iba á abandonar un puerto que con tantos esfuerzos se había puesto en regular estado de defensa, y eso precisamente en los momentos en que el enemigo cambiaba el teatro de sus operaciones, trasladándolo del Norte al Oriente?...

En efecto, el general Scott había propuesto al gobierno de los Estados Unidos un nuevo plan de campaña por el cual debería llevarse la guerra al interior de la República Mexicana, apoderándose de Veracruz, para ir desde allí sobre la capital. Para esto era necesario, primero: tener un buen puerto en el Golfo, cercano al Norte, como base de operaciones; y nada más á propósito ni en mejores circunstancias para ello que Tampico.

Y en estas condiciones, cuando más urgente era disputarlo al Invasor, dilatando la campaña y haciéndole costar caro sus triunfos, ya que éstos tenían que ser irremisibles, dada la incontestable superioridad de los elementos de guerra con que contaba aquél; precisamente en aquellos momentos se abandonaba el precioso Tampico!

La prueba de la gran importancia estratégica que tenía para el enemigo, era que éste, creyendo encontrar, como debía ser, una gran resistencia, hacía aprestos bastante serios en Antón Lizardo, bajo la dirección del Comodoro Connor, para atacar el puerto.

El general Parrodi, no obstante las observaciones que le hicieron personas notables de la ciudad y algunos Cónsules extranjeros, sobre los perjuicios enormes que resultarían á la Nación abandonando punto tan necesario para su defensa, tuvo que obedecer, apremiado por Santa Ana, quien le llegó á amenazar si no ejecutaba la orden.

Esta se obedeció el 27 de Octubre, con el mayor atropello y la más lamentable confusión. En los preparativos de aquella fatal marcha se demolieron todos los puntos artillados de la barra, y se desmontaron los cañones. Para la conducción del parque y trenes se consiguieron sólo 300 mulas, y como era imposible cargar con todo, muchos efectos se trasladaron á bordo, y otros de tanta importancia como vestuario y equipo, y aun parque y armamento, se arrojaron en el mar, á la vista del pueblo!

Entonces estalló la indignación general, corriendo la voz de ; traición ! por toda la ciudad hasta el Ejército, y propagándose luego, cundió por toda la República, abatiendo los ánimos y entenebreciendo todas las con-

ciencias! ¿Para qué luchar, para qué resistir si los directores de la Nación y los jefes del Ejército habían vendido á la patria, y ellos mismos rompían la espada que se les entregara para defenderla?...

¡Así fué cómo las fuerzas americanas tomaron pacífica posesión de un puerto que creían obtener sólo á costa de tiempo, dinero y sangre en abundancia!

Abandonado Tampico, Taylor envió, por órdenes del general Scott, la división Quitman que, como ya dijimos, debía embarcarse en este puerto para cooperar á las maniobras del ejército americano que habría de entrar por Veracruz.

Entonces fué cuando Santa Ana, creyendo que su adversario le iba á amenazar por el flanco derecho, envió á Tula de Tamaulipas la división que puso á las órdenes del general Valencia, quien se contentó, por menguada orden del mismo general en jefe, con ver pasar las columnas norteamericanas sin haberlas salado con un solo tiro!

Mientras acaecían estos sucesos, el Ejército se reorganizaba lentamente en San Luis, preparando su marcha hacia el Norte, para ir á batir al general Taylor que seguía en el Saltillo.

Entretanto en México reinaba la mayor efervescencia, culpando la inacción de nuestras tropas (si es que todavía podían llamarse así) y la prensa, sobre todo, procaz, murmuradora, ignorante, sin estudiar la marcha de los sucesos ni atender al estado del ejército, sin prever las consecuencias de sus impropiedades, pintaba á San Luis como una nueva Capua, donde los militares se entregaban á sus delicias, dilapidando los tesoros del país. Cuando más se necesitaba de alentar nuestros

pobres soldados que, si no habían obtenido la victoria, no era ciertamente por su culpa y que se preparaban á combatir con tantas desventajas, se les desmoralizaba con aquellos escritos que ponían en su contra la opinión pública, — como observa muy bien un oficial de artillería que se encontraba en aquel maltratado ejército.

« Llegó por fin á tal grado la exaltación, que ya nadie pensaba sino en marchar. « *No se hacía caso de que se careciera de objetos importantes, ni de que faltaran los víveres y el dinero! Se quería abordar al enemigo, y que, vencidos ó vencedores, se manifestaran á la Nación, derramando abundantemente la sangre; que los soldados mexicanos no merecían los ultrajes que se les prodigaban!* »

Así se expresa en su indignación el digno militar de que hablábamos, concentrando en esa frase el sentimiento general de aquel Ejército.

Sin embargo, nosotros creemos que el general Santa Ana no debió haberse precipitado á una marcha larga y penosísima, á través de comarcas desiertas, en pleno invierno, con tropas sin abrigo ni víveres, faltas de instrucción, levantadas en su mayor parte á última hora, compuestas de reclutas que no habían disparado nunca un fusil, yendo á provocar una batalla en tan funestas condiciones. Debió haber esperado que sus fuerzas adquiriesen solidez con mayor suma de instrucción y disciplina, acopiando mientras tanto los víveres necesarios para que no llegara el ejército moribundo de hambre y fatiga al combate, como llegó.

Nada pudo contener al general en jefe y éste dispuso al fin la marcha que se empezó á ejecutar el día 28 de Enero de 1847, por brigadas de Infantería, pues la caballería se encontraba fuera de San Luis, escalonada

en cuatro brigadas, á lo largo del camino del Saltillo.

La Infantería hizo jornadas al Peñasco, Bocas, la Hedionda, el Venado, Charcas, Laguna Seca, Solís y la Presa, encontrándose en Bocas y el Venado con las secciones de caballería en que venían los norteamericanos capturados por el general Miñón, al sorprender un destacamento. En Matehuala se reunió al ejército la división de Parrodi, procedente de Tampico y Tula, compuesta de 1000 hombres, entrando á formar parte de la 3ª Brigada de infantería á las órdenes del general Ortega. Se siguió caminando á la hacienda de Vanegas, las Ánimas y el Salado; la caballería permaneció en Matehuala, habiéndose de antemano reunido al ejército las brigadas de Torrejón y Juvera que dejaron pasar por delante á la infantería, marchando desde entonces á retarguadía de ella. El frío, la lluvia, el norte y un sol terrible alternaban, causando enfermedades y muertes en comarcas en que no había habitaciones, árboles, viveres ni agua, y en que dormían á campo raso los soldados. Llegaron á la Encarnación las divisiones de infantería 1ª, 2ª y 3ª en los días 17, 18 y 19 de Febrero, y las brigadas de caballería de Torrejón y Juvera el 20 y 21. En esta ya se encontraba el general Andrade con una brigada de caballería y una fuerza de presidiales.

Ya por entonces nuestras avanzadas se habían encontrado con el enemigo, verificándose algunos tiroteos. El ejército se concentró en la Encarnación con un efectivo de 14 000 hombres, habiendo dejado en el largo trayecto 4 000, de los que 1 000 habían muerto de frío ó de fatiga. ¡Era como si se hubiese dado ya terrible batalla!

Sin embargo, nuestras valientes tropas estaban dis-

puestas al combate: lo deseaban con vehemencia y manifestaron su entusiasmo aclamando con ardientes ¡vivas! á su general en jefe, cuando se presentó á caballo, pasándoles revista.

El día 21 á las doce del día salió todo el ejército de la Encarnación adelantándose Santa Ana con su Estado Mayor y toda la vanguardia compuesta de los cuerpos ligeros, escoltado el general por el Regimiento de Husares, hasta el puerto del Carnero, después de haber pasado por el desfiladero de Piñones, acampando en ese punto aquellas tropas. Cerca de Piñones vivieron las demás del ejército.

El plan del general Santa Ana consistía en cortar del Saltillo al ejército de Taylor, al que creía en la Hacienda de Aguanueva, considerando que habría de defenderse en los puertos ó desfiladeros de aquellas comarcas. Le obligaría entonces Santa Ana á un combate ventajoso para éste, sitiándolo en sus atrincheramientos, — pues parte de la caballería, 1 200 hombres al mando de Miñón, se había desprendido de la columna mexicana para ir á situarse cerca de la retaguardia del ejército enemigo. — Pensaba el general sorprender de súbito sus posiciones atravesándolas á paso de carga, y pasado el último desfiladero oblicuar con toda la masa del ejército en una gran conversión á la izquierda, hacia la Hacienda de la Encantada, donde habría agua, abrigos y viveres. Contábase para todo esto con que Taylor ignorase el avance de todas las fuerzas mexicanas, pretendiendo haber enmascarado su marcha con la cortina que formaban ante las posiciones enemigas las partidas avanzadas del cuerpo de caballería que desde hacía tiempo permanecía en observación, al mando del general Urrea.

Frio y triste amaneció el día 22, en que comenzó el movimiento del ejército, preparado para entrar en combate, creyéndose que habrían de forzarse las posiciones enemigas en Aguanueva. Mas cuando la vanguardia llegó ante aquel punto se supo que el adversario había movido de allí desde el día 21, en dirección de Saltillo, entregando la hacienda y su caserío a las llamas, destruyendo sus efectos, matando todos los animales y acabando con cuanto pudiera ser útil á su contrario.

Convencido al fin de su error el general Santa Ana pero creyendo que el enemigo se retiraba con toda precipitación y en desorden, — acaso hasta con pánico, engañado sin duda nuestro General en jefe por los objetos de atalaje, artillería y trenes que aquél abandonaba en el camino, — hizo avanzar á toda brida la caballería para reunirse á la vanguardia que formaba los Cuerpos Ligeros.

Todas estas fuerzas tan fatigadas y maltraídas, sedientas después de tan penosas jornadas, tuvieron que pasar ante al aguaje; sin beber una gota de agua impulsadas á paso veloz hacia el enemigo!

Por fin llegó nuestra Brigada Ligera ante las primeras abruptosidades del terreno, que, formando una serie de lomas, que encajonadas entre dos brazos paralelos de las vertientes de la sierra cortan casi perpendicularmente el camino de San Luis al Saltillo, forman el llamado « Puerto de la Angostura ».

Formidablemente acampado y fortificado, aprovechándose de lomas que constituían reductos naturales ante fosos que improvisaban pantanos profundos, en el fondo de ásperos barrancos, en batería sus numerosos y ligeros cañones cuyos fuegos cruzados debían haber

terriblemente el camino y sus flancos, — por los cuales tendría que llevarse indefectiblemente el asalto de nuestras columnas, — apoyada su retaguardia en la hacienda de Buenavista, encontrábase el Ejército norteamericano, dispuesto á la batalla.

¡Hé aquí que cuando el general Santa Ana, ofuscado como siempre por su abominable orgullo, creyéndose inspirado táctico, hé aquí que cuando daba por seguro su triunfo, embistiendo al enemigo que suponía en retirada y desorganizado, lo encuentra, por el contrario, tras sólidas posiciones y capaz, no sólo de resistir sino de volver furiosamente sobre la división aislada que, separándose del resto del ejército mexicano, osaba ir á provocar el combate!

